



EL HOMBRE DE SIEMPRE

Shakespeare en el cine de Woody Allen

ROCÍO CASAS BULNES



HUEDERS

El hombre de siempre
Shakespeare en el cine de Woody Allen
Rocío Casas Bulnes

© Rocío Casas Bulnes
© Editorial Hueders Limitada

Primera edición: febrero de 2014
ISBN: 978-956-8935-30-6
Registro de Propiedad Intelectual n. 217.174

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida sin la autorización de los editores.

Este libro contó con el apoyo
de la Universidad Chileno-Británica de Cultura

Diseño: Inés Picchetti

HUEDERS 
www.hueders.cl | contacto@hueders.cl
SANTIAGO DE CHILE



Universidad
Chileno-Británica
de Cultura

Dios

“Para ustedes soy un ateo...
para Dios soy la leal oposición”.

Woody Allen

I

Imaginemos un individuo que se ha ido deshaciendo de su tradición. El azar lo depositó en una ciudad cosmopolita. Le es difícil encontrarle sentido a la existencia. Posee una conciencia desolada del universo. Las fallas e injusticias terminan pesando más. El mundo no puede parecerle un lugar creado por manos divinas, y no está tranquilo. Porque cuando lo piensa bien, Dios está presente en él constantemente, a modo de idea aplastante. La posibilidad de su existencia lo acosa y atormenta. Si hay alguien mirándolo desde arriba, él necesita saberlo. No puede estar en paz pensando que todo terminará un día y nuestras vidas, con todo el trabajo y esperanzas que implicaron, se esfumarán. Le incomoda observar al hombre como un ser que llega a la vida a luchar sin ninguna finalidad. Es un agnóstico que no puede estar en paz con el universo. Su cerebro trabaja como una locomotora. En sus peores crisis religiosas se hace demasiadas preguntas que se esfuman en el aire sin poder nunca ser alcanzadas: son de materiales insondables. Su propia naturaleza le juega en contra. A veces se adentra por túneles profundos del pensamiento donde la luz se desdibuja cada vez más. Se encuentra frente a frente con el vacío, y es demasiado tarde, y sus ojos no ven la salida. Entonces

tiene la certeza de estar solo y de que ninguna mano bajará del cielo para iluminarlo.

“El universo se está expandiendo”, dice el niño Alvy Singer en *Annie Hall*, la película que Woody Allen filmó en 1977. La madre acusa al pequeño pelirrojo de lentes con el doctor de estar deprimido por algo que leyó. Alvy explica con desgano que si el universo se está expandiendo, pronto se romperá y será el fin de todo. La madre no comprende. Lo interroga a gritos y se tuerce las manos. ¿Qué tiene que ver él con ese problema? Luego vuelve a acusarlo con el médico, diciéndole que su hijo ha dejado de hacer las tareas. ¿Cuál es el punto?, responde él. Entonces la mujer cae en la exasperación. Gritando, le dice que ellos están allí en Brooklyn, y que Brooklyn no se está expandiendo. Quizás al comprender la desmedida ignorancia de la madre con respecto al niño, el doctor le explica a Alvy con calma que el universo se expandirá dentro de billones de años más, así que tenemos que tratar de disfrutar mientras estamos aquí. Luego suelta una carcajada mientras continúa fumando un puro, con gesto pedante.

Atrapado entre la física y la metafísica, este individuo contemporáneo no consigue tener una fe religiosa genuina. Muy a pesar suyo, es siempre extremadamente crítico frente a la existencia de Dios. Si hubiera Dios

reinaría la justicia y el planeta sería definitivamente otro. Pero las cosas en el mundo no funcionan así. La naturaleza es injusta y contradictoria. Los elementos no siguen las órdenes del hombre. Ni siquiera las de los reyes, presidentes o esos que juegan a divinizarse sin saber que sólo se están echando un poco de maquillaje sobre la carne que se pudrirá. En la memoria de la vida literaria de Allen, o de su tradición cultural, está contada esa misma historia y otras más, y llega un punto donde se detienen y quedan suspendidas. Se ve a lo lejos al rey Lear, un anciano prerromano que enloquecía de tristeza y rabia mientras daba vueltas en medio de un páramo seco y helado. Lo seguía un bufón y un antiguo criado fiel. Porque ese hombre fue una vez la única voz que dictaba la verdad, y luego se convirtió en un vagabundo abandonado. Se compadecían de él sólo sus acompañantes. El resto del mundo avanzaba sin mirar atrás. Los valores de verdad y lealtad desfallecieron y el egoísmo consiguió todo lo que quiso pasando tranquilamente sobre los demás. Los dioses que durante tanto tiempo se aparecían en la vida de Lear como benefactores irreprochables, ahora lo amedrentaban sin compasión.

Shakespeare atravesó con la mirada nuestra especie, entregándonos una visión de nosotros mismos misteriosamente compleja, llena de posibilidades, a la espe-

ra de ser liberadas. Esta naturaleza se golpea de bruces con un hecho: el estado real de la humanidad. ¿Por qué se toman siempre las peores decisiones? Ensayar respuestas a este tipo de preguntas es, en muchos sentidos, el trabajo de la filosofía. Shakespeare pronunció desde el siglo xvii inglés las cuestiones existenciales más importantes que ya habían investigado pensadores griegos, para luego traducirlas a situaciones reales. Woody Allen gira en torno a la misma investigación sobre el ser humano. Así, su escritura cinematográfica da un salto desde el páramo donde Lear merodeaba y aterriza en las ciudades contemporáneas más suntuosas: Nueva York, París, Venecia, Londres, Barcelona. Los mismos hombres caen de la misma forma: los honestos pierden, la ambición y la maldad son premiadas. Es un mensaje doloroso, que sin embargo no tiene por qué dejar de ser contado con humor.

Para hacer que aparezcan en escena los momentos más elocuentes del ser humano, aquellos donde la racionalidad está en aprietos y lucha contra valores demasiado arraigados, los personajes se han dispuesto por ambos escritores ante situaciones límite. Macbeth se obliga a matar por ambición. Ha interpretado señales como si no hubiera otra salida. Él lo decide y lo sabe, aunque lo niegue. Termina siendo un hombre para el que la vida tiene un sabor amargo. Se convierte en un

déspota despiadado luego de pasar por una larga pesadilla. Se da cuenta de que hay algo incrustado en su moral como especie: un asesinato lleva a otro, y cada uno aterroriza más su vida. Macbeth sufre alucinaciones visuales producto de sus propios remordimientos. Su mente es un infierno. En una de sus experiencias más pavorosas el fantasma de Banquo, el mejor amigo que asesinó, se le presenta chorreando sangre. Entonces Macbeth, en esos chispazos de lucidez comunes entre los locos, lanza una reflexión sobre la culpa en palabras decidoras: “La sangre fue vertida antes que ahora,/ en los tiempos antiguos, cuando aún/ la ley no había purgado las costumbres;/ sí, y también desde ese entonces/ asesinatos fueron cometidos/ demasiado terribles de escuchar;/ un tiempo hubo en que cuando a un hombre/ le saltaban los sesos, se moría;/ pero ahora de nuevo se levantan/ con veinte asesinatos en la testa/ para arrojarnos de nuestros asientos./ Es más extraño esto que tal crimen”. Ciertamente, la religión aquí introduce el sentido de culpa, dejando al asesino en una situación extraña e incómoda.

Allen en *Broadway Danny Rose* dice que es bueno reírse, pero también sentir culpa. “Yo siento culpa todo el tiempo. Eso es estar vivo”. Trata de imaginarse los ojos de Dios en un intento por visualizar las cosas desde una perspectiva elevada. Le obsesiona esa ima-

gen. Cuando se enfrasca en ella comienza a sentirlos encima suyo en todo momento, y la razón principal de su preocupación es que no puede encontrarlos.

Judah Rosenthal en *Crímenes y pecados* debe pasar por el martirio moral del que tan bien habla Macbeth. La primera escena de la película lo muestra en un homenaje a su trabajo, siendo honrado con las mayores distinciones que una persona como él pudiera alcanzar laboralmente. Esta presentación del personaje recuerda de forma escalofriante al Macbeth del comienzo, quien vuelve triunfante de la guerra a recibir nuevos títulos y honores. Judah habla de un recuerdo de infancia, cuando su padre le dijo que los ojos de Dios lo ven todo. “Los ojos de Dios. Qué frase para un niño de diez años”, reflexiona. Se presenta como una persona no religiosa pero le espera un proceso en el que se topará con esa semilla abandonada. Luego de decidir matar a una amante antes que confesar la verdad a su mujer, siente como si hubiera transgredido el orden de las cosas. Tiene obsesivas regresiones a su infancia: el lugar en el que había experimentado una fe genuina, y descubre que cree en Dios. Todo lo asusta, no puede dormir, se convierte por un momento en un loco sufriente como Macbeth. El tiempo pasa y un día descubre que la culpa se fue, que es feliz y no ha recibido ningún castigo por sus actos; al contrario, ha

prosperado. Por el otro lado, todos los que actuaron con lealtad y transparencia, sin ninguna ambición de por medio, se quedaron en un estado completo de ruina. Judah y Macbeth son dos ejemplos del momento en que la realidad choca con la fe.

II

Ingmar Bergman compartía la obsesión por Dios desde la mirada de un agnóstico. *El séptimo sello* se desarrolla en una Europa medieval donde Dios nunca se aparece ante los hombres y la muerte es lo único real. El treintañero Antonius Block vuelve de las cruzadas para encontrarse con pueblos arrasados por la peste. Cosas extrañas están sucediendo en esas tierras. Rumores corren. Unos caballos se devoraron a sí mismos, las tumbas fueron abiertas y los restos esparcidos por todas partes, han aparecido cuatro soles en el cielo. Todos estos extraños sucesos recuerdan a tantas obras de Shakespeare en donde, antes de que algo terrible ocurra, se muestran alteraciones en el orden de la naturaleza. Los caballos que se devoran es una cita directa a *Macbeth*, pero con la obra que más dialoga *El séptimo sello* es con *Hamlet*. Antonius Block tiene la misma edad y un temperamento muy similar al prín-

cipe danés. Se siente mal consigo mismo, haciéndose preguntas desesperadas, y se angustia porque no puede creer en Dios. Bergman cita de forma consciente a Hamlet. Él mismo lanza señales, por si acaso somos espectadores despistados, al hacernos saber que el protagonista se dirige a Elsinor.

Está presente en toda esta atmósfera de historias el afán del ser humano por narrar. Una gran parte de los eventos sobrenaturales que aparecen insistentes comienza con un “se dice”, y luego se combina con una experiencia de primera mano. Existe una tensión especial entre la gente porque nadie puede estar seguro de lo que está ocurriendo. En el caso de *El séptimo sello* sólo hay un organismo que afirma haber visto el sínfin de atrocidades: la iglesia.

Woody Allen leyó a Shakespeare a través de Bergman, aun considerando la posibilidad casi indudable de que lo conociera desde antes. No solemos pensar la lectura como un ejercicio indirecto y en muchos casos lo es. Bergman es aquí un traspaso y el soporte de escrituras que se sobreponen sin borrarse, como en un palimpsesto. Recibió su educación religiosa en la infancia, la cual marcaría sus trabajos definitivamente. Debido a que no pudo adquirir una verdadera fe, la religión se convirtió en un trauma con consecuencias desastrosas más que en una guía para tener fuerza

frente a la vida. En su libro de memorias *Linterna mágica*, recuerda cómo se le enseñó un tipo de jerarquía de la existencia. “Casi toda nuestra educación, estuvo basada en conceptos como pecado, confesión, castigo, perdón y misericordia, factores concretos en las relaciones entre padres e hijos, y con Dios. Había en ello una lógica interna que nosotros aceptábamos y creíamos comprender”. Es como si viera a la distancia una estructura moral en la que alguna vez creyó y ahora no consigue alcanzar. “Este hecho contribuyó posiblemente a nuestra pasiva aceptación del nazismo. Nunca habíamos oído hablar de libertad y no teníamos la más remota idea de a qué sabía. En un sistema jerárquico, todas las puertas están cerradas”.

La tragedia de Woody Allen *Interiores* es un homenaje al cine de Bergman y, por lo tanto, el cruce con Shakespeare es menos nítido. Está protagonizada por mujeres que no creen en Dios ni les angustia su ausencia, o al menos ninguna entrega al espectador la posibilidad de una fe espiritual escondida. Tanto Eve, la madre, como las tres hijas son profundamente infelices. Eve es el personaje con el que más se ha identificado Woody Allen. Geraldine Page hace una actuación sutil y elegante, y es imposible que no recuerde a Liv Ullmann, la actriz de Bergman. Se trata de una hermosa mujer de edad avanzada que ante todo ama

la belleza. Su “fría búsqueda de la perfección estética”, como la define Allen, la lleva a mostrar preferencia por su hija mayor porque tiene talento poético. Trata de controlar todo cuanto la rodea, es estricta al grado de la neurosis, carga constantemente una tristeza que la lleva a parar al manicomio y a coleccionar una cantidad importante de intentos de suicidio. Es pálida y viste colores suaves, y a su vez todo lo que la rodea—incluyendo su familia— representa la misma gama pictórica. Eve perfectamente pudo ser un primer Hamlet que ha sobrevivido lo suficiente como para dejar de hacerse el loco y convertirse en uno de verdad.

La preocupación por Dios se instaló desde muy niño en Woody Allen. En un momento, *Crímenes y pecados* muestra cómo Judah vuelve a su casa de la infancia y tiene una visión donde la memoria representa el pasado. La familia, sentada a la mesa a punto de comer, escucha en silencio a su padre que reza para bendecir los alimentos. Una voz femenina lo interrumpe: “Apúrate, que tengo hambre”. Esa es la tía de Judah. Le pide a su hermano que no llene de supersticiones las cabezas de los niños. Entonces comienza una discusión muy interesante. El padre de Judah dice que prefiere la fe a la verdad, que todo acto malvado finalmente tendrá su castigo, y los buenos se llevarán la recompensa de Dios. Judah, desde su presente, pregunta qué ocu-

rre con alguien que mata. Su padre opina que, “ya sea Shakespeare o el Antiguo Testamento, el crimen siempre sale a la luz”. La tía no está de acuerdo. La historia ha demostrado cómo para aquellos que quieren moral hay moral, pero eso no quiere decir que el universo se rija bajo ella. Miles de judíos fueron asesinados por los nazis. Entonces otro tío de Judah admite que él reza y cree en Dios, pero la mayoría de las veces le parece un gran engaño.

III

Si la existencia se aparece en los cruces de todos estos trabajos como un lugar bastante frío e inhóspito, ¿por qué vivir? Esta pregunta puede llevar a un estado de parálisis emocional como el de Mickey en *Hannah y sus hermanas*. Aunque es exitoso sufre constantemente, creyendo que tiene enfermedades incurables y que todo se va a acabar. Cuando los médicos le encuentran algo en el cerebro, se da cuenta de que antes era feliz, pero no lo sabía, y que ha desperdiciado su vida. Luego de someterse a exámenes físicos de todo tipo, le anuncian que está sano. Sale del hospital sintiéndose dichoso, pero la felicidad le dura unos segundos. De pronto descubre que no se va a morir hoy, pero que